

Esclusa Prat, 10; José Bosch Grau, 2; José Ventura Montané, 1; José Deulofeu Panareda, 5; Antonio Vilá Recolons, 3; José Orra Ginesta, 2'50; María Vila de Orra, 1; Rosa Montasell de Coll, 2'50; Felipe Portillo, 15; Esteban Cardelús Costa, 20; José María Pareja Casañas, 5; Magdalena Baygual de Pareja, 5; Merceditas Pareja Baygual, 0'50; Vicente Huguet, 1; Jun Puig, 0'25 José María Cardelús Coll, 2'50; José María Poblador, 1; Manuel Martori, 0'50; Miguel Deulofeu, 5; José Cardelús Giral, 5; Alfonso Pareja, 5; José Pou, 0'50; Francisco Serra, 0'25; Esteban Blanché, 1; Juan Coll, 0'50; José Puig Verni, 5; José Cairó, 1; Antonio Guell, 0'25; Ramón Monrabá, 0'50; Antonio Esteve, 5; Moisés Ribas Batista, 3; Isabel Paytuví de Ribas, 2; Buenaventura Deulofeu Panareda, 3; Remedios Casas de Deulofeu, 2; Miguel Deulofeu Panareda, 5; María Arabia de Deulofeu, 2; Luis Prat Alger, 5; Miguel Cairal Coma, 5; Dolores Cok de Cairal, 4; Martín Costas Gual, 5; Miguel Panareda Deulofeu, 5; Ana Puig de Panareda, 2; Ramón Panareda Deulofeu, 3; Esteban Brunell Aymar, 5; Rosa Cucurella de Brunell, 5; Antonio Paytuví Nicolau, 5; Dolores Prats de Paytuví, 5; José Esclusa Giró, 1; Joaquín Oranic Gustins, 2; Juan Masferrer Aymar, 5; Pedro Clojas Vilajoana, 1; María Borrrell de Clojas, 1; Martín Bosch Martori, 2; Carmen Sarriera de Bosch, 1; Juan Pagés Alom, 1; Antonia Xamaní de Pagés, 1; Rosalía Regás de Pons, 1; Antonio Gurri Dalmau, 2; María Martorell de Gurri, 1; Pedro Fitó Muntasell, 1; Juan Fitó Puig, 1; Juan Anfrons Selva, 4; Rosa Vilá de Anfrons, 1; Pío de Valls y de Feliu, 2; Ramón de Valls y de Feliu, 2; Narciso Abel Flori, 1; Rosa Bonamura de Abel, 1; José Cortada, 1; Dolores Roura de Portillo, 1; María Teresa Portillo Roura, 1; Francisco Cabra, 2; Esteban Rosell, 2; Juan Anfrons Tarridas, 25; Dolores Sayol de Ventura, 1; Teresa Durán Recasens, 0'50; Juan Durán Recasens, 0'50; Catalina Recasens de Durán, 1; Juan Ventura Regás, 2; Agustín Trullá, 5; Miguel Jordana Lluch, 2.

Total de la recaudación en el pasado mes de diciembre con que queda cerrada la misma, quinientas ochenta pesetas.

Cuentos y leyendas

LOS DESEOS

Fernán Caballero

Había un matrimonio anciano que, aunque pobre, toda su vida la había pasado muy bien trabajando y cuidando de su pequeña hacienda. Una noche de invierno estaban sentados marido y mujer a la lumbre de su tranquilo hogar, en amor y compañía, y en vez de dar gracias a Dios por los bienes de que disfrutaban, pusieron a enumerar los bienes de mayor cuantía que lograban otros y deseaban gozarlos también.

—Si yo en lugar de mi campito —decía el viejo—, que es de mal terruño y no sirve sino para revolcadero, tuviese el rancho del tío Polainas!

—Y si yo —añadía la mujer— en lugar de ésta, que está en pie porque no le han dado un empujón, tuviese la casa de nuestra vecina que está en primera vida!

—Si yo —proseguía el marido— en lugar de la burra que no puede ya ni con unas alforjas llenas de humo, tuviese el mulo del tío Polainas!

—Si yo —añadía la mujer— pudiese matar un puerco de do-
cientas libras, como la vecina! Esa gente para tener las cosas no

tine sino desearlas. ¡Quién tuviera la dicha de ver cumplidos sus deseos!

Apenas hubo dicho estas palabras cuando vieron que bajaba por la chimenea una mujer hermosísima; era tan pequeña que su altura no llegaba a media vara; traía, como una reina, una corona de oro en la cabeza. La túnica y el velo que la cubrían eran diáfanos y formados de blanco humo y las chispas que alegres se levantaron, con un pequeño estallido, como cohetitos de fuego de regocijo, se colocaron sobre ellos, salpicándolos de relumbrantes lentejuelas. En la mano traía un cetro chiquito, de oro, que remataba en un carbunclo deslumbrador.

—Soy el hada Fortuna —les dijo—; pasaba por aquí y he oído vuestras quejas; y ya que tanto ansiáis porque se cumpan vuestros deseos, vengo a concederos la realización de tres; uno a ti —dijo a la mujer—, otro a ti —dijo al marido—, y el tercero ha de ser mutuo y en él habéis de convenir los dos. Este último lo otorgaré en persona mañana a estas horas, que volveré. Hsta entonces tenéis tiempo de pensar cuál ha de ser.

Dicho que hubo esto, se alzó entre las llamas una bocanada de humo, en la que la bella hechicera desapareció.

—Hoy estuve allí. Estaban haciendo las morcillas —dijo el marido—. Pero ¡qué morcillas! Daba gloria verlas.

—¡Quién tuviera una de ellas aquí —repuso la mujer— para asara sobre las brasas y cenárnola!

Apenas lo había dicho cuando apareció sobre las brasas la morcilla más hermosa que hubo, hay y habrá en el mundo.

La mujer se quedó mirándola con la boca abierta y los ojos asombrados. Pero el marido se levantó desesperado y dando vueltas al cuarto se arrancaba el cabllo, diciendo:

—Por ti, que eres más golosa y comilona que la tierra, se ha desperdiciado uno de los deseos. ¡Mire usted, señor, qué mujer ésta! ¡Más tonta que un habar! Esto es para desesperarse. ¡Reniego de ti y de la morcilla y no quisiera más sino que se te pegase a las narices!

No bien lo hubo dicho cuando ya estaba la morcilla colgando del sitio indicado.

—¡Te luciste, mal hablado! — exclama ésta haciendo inútiles esfuerzos por arrancarse el apéndice de las narices—. Si yo empleé mal mi deseo al menos fué en perjuicio propio y no en perjuicio ajeno. Pero en el pecado llevas la penitencia, pues nada deseo ni nada desearé sino que se me quite la morcilla de las narices.

—Mujer, por Dios! ¿Y el campo?

—Nada.

—Mujer, por Dios! ¿Y la casa?

—Nada.

—Desearemos una mina, hija, y te haré una funda de oro para la morcilla.

—¡Ni lo pienses!

—¿Qué? ¿Nos vamos a quedar como estábamos?

—Ese es todo mi deseo.

Por más que siguió rogando el marido, nada alcanzó de su mujer, que estaba por momentos más desesperada con su doble nariz, y apartando a duras penas al perro y al gato que se querían abalanzar sobre ella.

Cuando a la noche siguiente apareció el hada y le dijeron cuál era su último deseo, les dijo:

—Ya veis cuán ciegos son los hombres al creer que la satisfacción de sus deseos le ha de hacer felices. No está la felicidad en el cumplimiento de los deseos sino en no tenerlos: que rico es el que posee; pero feliz el que nada posee.

SASTRERIA DEULOFEU

Calle Mayor, 113 SAN CELONI

Siempre novedades
ULTIMOS MODELOS
Vestir en la Sastrería
DEULOFEU
es sello de distinción

Perfección
Precios módicos

La Eléctrica del Montseny

SAN CELONI

SUMINISTRO

**FUERZA MOTRIZ ALUMBRADO
CALEFACCION**

Despacho:
San Jaime, 13

SAN CELONI

Imprenta Grivé y Masó

Impresos de todas clases para el Comercio,

la Industria y de Propaganda

Alfonso XIII, 131

SAN CELONI